

Sustentabilidad

Laudato si' como crítica a los fundamentos teológico-políticos de la economía

Emilce Cuda

Pontificia Universidad Católica de Argentina
Universidad Nacional Arturo Jauretche

“Si vieras la ternura que tengo para darte,
capaz de hacer un mundo y dártelo después.
Y entonces, si te encuentro, seremos nuevamente,
desesperadamente, los dos para los dos”.

Tango *Qué falta que me haces*.

Música de Armando Portier y Miguel Calo.

Letra de Federico Silva.

Para Francisco, Dios es eso, quien crea un mundo, por pura ternura, para darlo después; y además, es capaz de sostenerlo para que se tenga una vida buena. Un tango. El lenguaje del símbolo, ese de la sapiencia popular, sin metafísica —como dice Fernando Pessoa en su poema *Tabaquería*—; un lenguaje capaz de hacer presente el todo en la parte; capaz de unir la diferencia. Ahí, la relación. La lógica justa del uno para el otro, el amor. Gritar un nombre enamorado.

Dios verdadero es, para la teología de Francisco, quien crea un mundo y puede sostenerlo. Una promesa de amor sostenida y sustentable. Dios es quien crea un mundo con la palabra y lo sostiene con los hechos. Crear mundos es una tarea que pueden hacerla distintos tipos de dioses. Pero crear un mundo y sostenerlo en la vida buena, solo es capacidad de un dios verdadero. Dentro y fuera del cristianismo, quien pueda crear un mundo y sostenerlo, será Señor de la historia. Como tal, será entronizado y alabado por su pueblo fiel: *Laudato si'*, el modo efectivo de legitimación en los gobiernos populares, es decir, aquellos que son reconocidos por el pueblo. Ser un dios capaz de sostener en la vida, es ser un dios providente. Eso significa que sustentabilidad es otro modo de decir providencia.

El dios que fundamenta la modalidad relacional actual, la de una cultura de la muerte (*AP* 185) y la de una economía que mata (*EG* 53), es el dios creador del mundo de los últimos dos siglos (*LS* 46). Pero este no es un dios personal, ni un dios relacional. En consecuencia, no es un dios sustentable, ni providente, ya que no puede sostener en la vida buena. Tampoco es un dios misericordioso que pueda compadecerse del sufrimiento humano. El dios uno del mercado, en las condiciones actuales del modo de producción industrial, que genera a su imagen y semejanza un modelo de hombre individualista y un sistema de relaciones asimétricas, no es un dios verdadero simplemente porque no es sustentable de la misma vida que crea. La prueba de ello está en ver la realidad: pobre, hambrienta, contaminada, explotada, traficada, injusta. El Dios Uno y Trino, que genera a su imagen y semejanza un modelo de hombre relacional, es un dios verdadero, porque sostiene en la vida.

La foto de la realidad económica explica por qué Francisco no habla de la pobreza, sino de la riqueza como origen de la desigualdad. Según Thomas Piketty, el 1 por ciento de la población poseerá el 90 por ciento de la riqueza, en el siglo XXI. La concentración de la riqueza alcanzará en este siglo los niveles del siglo XIX. Se estará nuevamente ante una sociedad patrimonial y rentista de alta concentración de capital y baja productividad. Si bien la utilidad marginal, junto con la educación, la formación y la tecnología, explican, en el largo plazo, la evolución del capital general de una sociedad, en el corto plazo, el capital estará “encarnado” en el 1 por ciento de la población. Para Piketty, “una desigualdad tan extrema se sostiene no solo con la eficacia de un aparato represivo, sino también con la eficacia de un aparato de justificación”. Las normas sociales generan la aceptabilidad tanto de la pobreza como de la riqueza. Según Piketty, es en los sistemas de creencias sobre la contribución de unos y de otros en la producción y el crecimiento del país, donde debe intervenir.

El problema es cómo se percibe la riqueza. Una Iglesia en salida se trata, entonces, de una teología de la cultura, de una conversión cultural en el modo de justificar la desigualdad.

Intuyo que *Laudato si'* es la última de las encíclicas sociales, porque se compadece del sufrimiento del hombre a causa de relaciones sociales asimétricas o injustas, pero también la primera encíclica estético-política, ya que entroniza al Dios verdadero para convertir esas relaciones en simétricas y garantizar y sostener una vida buena para todos. Dicho de otro modo:

Laudato si' es una encíclica social, porque la cuestión sigue siendo la pobreza generada y perpetuada por un modo de producción (*LS* 145), cuyas relaciones sociales son de explotación de la naturaleza (*LS* 4, 67), de los recursos (*LS* 11, 33, 41), del planeta (*LS* 27, 145), de las especies (*LS* 35), del sexo (*LS* 123), de la tierra (*LS* 134). Adicionalmente, este modo de producción se ha transformado en un sistema de relaciones en crisis, ya que no puede hacer sustentable el

mundo que ha creado —el del mercado y el consumo—, y amenaza a todos de muerte, no solo a los pobres-trabajadores.

La novedad consiste en que Francisco llama a este sistema *ecológico* y no *capitalismo*, justamente, porque lo entiende como un sistema de relaciones, es decir, como un eco-sistema-social-político-económico, donde las relaciones se han vuelto perversas (LS 52). Para la antropología teológica cristiana, el ser es relacional. Por eso, para este papa, la crisis debe percibirse como lógica relacional, que ha devenido en perversa. De allí que la denomine ecológica (LS 101). Al ser una lógica relacional de la vida misma, la salida es cultural.

La superación de la crisis, según Francisco, es la conversión ecológica, es decir, una conversión en la lógica de la relación. Por eso, impulsa la misión de predicar esa conversión en otro lenguaje que no sea el científico, porque este sustenta hegemoníicamente el sistema de relaciones tal cual existe hoy. La conversión debe predicarse en un lenguaje simbólico (LS 53, 144, 150, 235), el cual pone de manifiesto la demanda por la vida como interés último de la especie y, por tanto, universal. Francisco observa que, en el siglo XXI, la cuestión social amenaza no solo al pobre, sino también a todos los sectores sociales y al planeta entero. Aunque no terminará con la vida, porque esta depende del Dios verdadero, que es más poderoso que el dios dinero. San Pablo dice en la Carta a los Romanos: “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Rm 5,20).

Laudato si' es una *encíclica estético-política*, porque, ante la amenaza del mercado divinizado, como causa cultural principal de la crisis ecológica (LS 56; EG 56), el documento entroniza al Dios Uno y Trino en la primera frase: *Laudato si', mi' Signore* (LS 1). Entronizar es un acto político, la decisión de un pueblo como sujeto que designa quién es el Señor. Con ese gesto de entronización, a mi modo de ver, Francisco inscribe la cuestión social en el campo de lo político —y no de lo económico. La entronización se realiza mediante una expresión poética: *Laudato si'*, Alabado seas, un canto de alabanza, que pone de manifiesto, en lenguaje simbólico, quién es el verdadero Señor, ya que este es aquel capaz de dar la vida —creador—, pero también capaz de mantener y sostener en la vida —providente (LS 62-100).

La alabanza *Laudato si'*, al comienzo del documento, es un gesto estético-político que, al mismo tiempo que entroniza al Señor verdadero, desenmascara al falso señor, al fetiche, que constituye el paradigma tecnocrático, el cual ha sido divinizado y puesto como fundamento cultural necesario, inviolable, de un sistema que no es providente, ya que, si bien creó un mundo de consumo, no puede mantener en la vida a quienes lo habitan. Su teología económica, en tanto fundamento sacralizado del modo de administrar los bienes creados, mata —de hambre, de contaminación, de guerras, etc.—, y su teología política es falsa, porque su dios no es verdadero, en tanto que no puede sostener en la vida.

Laudato si' es un documento teológico, no político, porque los principios desde los cuales hace la hermenéutica situada de la realidad, para luego juzgar cómo actuar, son principios evangélicos. El juicio que practica esta nueva encíclica social no se realiza desde los principios políticos de la república moderna, puestos como necesarios —la igualdad, entendida como tolerancia y no como misericordia, y la libertad, entendida como deseo y no como liberación—, ni desde el principio económico de la autorregulación del mercado, con su efecto cascada y su progreso infinito. Se juzga desde el evangelio de la creación, el principio teológico judeo-cristiano (LS 62-100), que postula como dios al Dios Uno y Trino, que es vivo, personal, relacional, providente, misericordioso y liberador.

Las encíclicas sociales surgen en el contexto del antagonismo del siglo XIX, causado por la desigualdad social entre el trabajo y el capital, que genera relaciones de trabajo-capital en condiciones de explotación. Ese nuevo modelo, cuyo fin último no consiste en producir bienes y servicios para todos, es decir, el bien común, sino en acumular capital para algunos, está garantizado por la invención de una nueva mercancía, el trabajador asalariado o el obrero, a quien se le paga por entregar su cuerpo para una hora de trabajo, y no por su conocimiento y reconocimiento. Ese sistema, que, como todo sistema, está constituido por una lógica de relación, tuvo la particularidad de transformar las relaciones sociales, naturalmente simétricas y, por eso, justas, en injustas, es decir, en asimétricas. El modo de producción industrial transforma las relaciones simétricas entre los hombres, creados iguales —según sostiene el deísmo del siglo XIX, que proporciona fundamento teológico a la política republicana, el dios uno de Jefferson, creador, pero no providente—, en relaciones de explotación de unos sobre los otros, es decir, en relaciones asimétricas. Este sistema de relaciones sociales generó organizaciones obreras que reclaman derechos sociales como garantía de su dignidad ante los derechos civiles, conseguidos por la burguesía. Más tarde, esas organizaciones se constituyen en los partidos políticos de los siglos XIX y XX.

La encíclica del papa Francisco no es solo una encíclica social, según mi punto de vista, latinoamericano, sino que es más que eso. No se ocupa del equilibrio “entre” las partes, “dentro” de un mismo sistema, sino de un cambio de sistema, lo cual implica cambiar los fundamentos de su lógica relacional. Francisco no propone modificaciones en los modos económicos y políticos actuales, sino un cambio de paradigma cultural, que transforme los modos económicos y políticos. El papa no utiliza el lenguaje científico para elaborar su propuesta, sino que recurre al lenguaje simbólico, que conserva en su interior, como núcleo mítico, la sapiencia popular. Desde ahí, el papa propone dialogar con la ciencia, la economía, la política y la educación.

1. La estructura de *Laudato si'*

En la misma línea del método teológico del magisterio latinoamericano, esto es, ver-juzgar-actuar, tal como aparece en el *Documento de Medellín* de 1968, el documento del magisterio pontificio de Francisco se articula en tres momentos.

1.1. Ver

El primer momento es “ver” el dato concreto. Ver “lo que está pasando en nuestra casa común” (LS 17-61), donde Francisco encuentra la “actual crisis ecológica”. Este dato empírico es el punto de partida del itinerario ético (LS 15). Ese dato no es un simple fin u objetivo, sino que se torna en un desafío, porque es lo dado, que amenaza de muerte.

Por tanto, no es un objetivo de naturaleza ideológica, es decir, no es una idea, ni una teoría, sino lo concreto —“la realidad superior a la idea” (EG 231-233). Según Francisco, el dato primario es la pobreza, cuya raíz es lo que denomina “la cultura del descarte” (EG 53), la cual genera contaminación (LS 2-22), cambio climático (LS 23-26), agotamiento de recursos no renovables (LS 27-31), pérdida de biodiversidad (LS 32-42), degradación social (LS 43-47) e inequidad planetaria (LS 48-52).

1.2. Juzgar

El segundo momento es el “juzgar” desde el principio teológico. El principio de juicio es “el evangelio de la creación” (LS 62-100). Se trata de un discernimiento o juicio situado, a partir de un principio o razón, que proviene de la tradición judeo-cristiana como principio de creencia revelado. Este permite identificar no solo los síntomas de un sistema de relaciones asimétricas o injustas, sino también los fundamentos divinizados, y por eso teológicos, que sostienen dicho sistema. Al ver que la causa de la crisis ecológica es humana, consecuencia de un modo perverso de relaciones, la propuesta de acción será la conversión de la conciencia en función de la lógica de las relaciones sociales y no de medidas económico-financieras.

El principio de análisis del juicio, o el criterio hermenéutico a partir del cual va a juzgar el dato concreto ofrecido por la realidad, es lo que se conoce como teología de la creación (LS 75), es decir, la creencia en la existencia de un dios que es el Dios Uno y Trino, creador de la vida, y también providente, es decir, conservador de esta, capaz de sostenerla, de hacerla sustentable. Sustentable es otro modo de decir providente. Solo quien es capaz de sostener en la vida puede ser único Señor de la historia y Padre de la creación (LS 76).

Si el dios uno, creador, y por eso mismo, fundamento de igualdad entre los hombres, no es también trino, es decir, relación, y providente, no puede ser sustentable. Solo el Dios Uno y Trino, relacional, providente y misericordioso, es

capaz de crear hombres iguales, y por eso libres, y de sostener su creación como algo bueno, bello y verdadero. El dios fundamento de la cultura, que es Uno y Trino, adquiere las características de providente y misericordioso, las cuales pueden dar sentido a la historia y poner límites de moralidad en las relaciones. Ese sentido o rumbo, conocido como economía de la salvación, consiste en la recapitulación —salvación, redención, liberación— cósmica, es decir, de toda la creación y no solo de los seres humanos.

La idea de un dios uno, creador de todos los hombres, es el fundamento de las repúblicas modernas, tal como aparece en la Declaración de independencia de Estados Unidos, de 1776, redactada por Jefferson. En efecto, esa idea de dios es el fundamento teológico-político cultural de los principios de igualdad y libertad. Pero este dios del deísmo no posee las notas esenciales de providente y misericordioso. Por eso, no interviene en la historia, ni salva a la especie humana. Además, el dios del deísmo es uno, pero no trino: por tanto, no puede ser fundamento de una antropología relacional.

En cambio, Francisco juzga la crisis desde el principio teológico trinitario. Por eso, encuentra que la crisis es sistémica y consecuencia del pecado, entendido como sistema de relaciones perversas, es decir, injustas. Una vez rota la estructura relacional sistémica, la vida en comunión es imposible, porque el destino universal de los bienes no está presente en ese proyecto histórico.

1.3. Actuar

El tercer momento es el del “actuar”. Primero, Francisco denuncia la falsa causa teológico-política para ver “la raíz humana de la crisis ecológica” (LS 101-136). Esa causa es el paradigma tecnocrático y su correspondiente antropocentrismo, lo contrario a la relación simétrica con los otros y con la naturaleza. Además de denunciar, actuar implica, para Francisco, hacer una “teología integral” (LS 137-162), consistente en una conversión ecológica, es decir, de las relaciones sociales.

La conversión debe ser ambiental, económica, social, cultural, cotidiana, generacional. Para este último momento del método, el actuar, el papa propone dos direcciones simultáneas: el diálogo (LS 163-201) y la educación (LS 202-246).

2. Ejes transversales de la *Laudato si'*

Laudato si' está estructurada de acuerdo con el método teológico latinoamericano de ver-juzgar-actuar, pero al mismo tiempo está atravesada por tres ejes: “el relacional”, relaciones asimétricas o injustas *versus* relaciones simétricas, recíprocas o justas; “el paradigmático”, tecnocracia *versus* ecología; y “el económico”, propiedad privada *versus* destino común de los bienes. Cada uno de los tres momentos del método teológico aparece atravesado por estos ejes, como causas fundamentales de la crisis, que el papa llama “ecológica”.

2.1. La relación

El papa sostiene que la crisis del sistema es un signo de la violencia existente en el corazón humano, herido por el pecado. La crisis se manifiesta en síntomas del ecosistema, formado por el agua, los animales y el suelo, pero también por los pobres abandonados y por la hermana tierra (LS 2). Haciendo suyas las palabras del patriarca Bartolomé, el papa afirma que “un crimen contra la naturaleza es un crimen contra nosotros mismos y un pecado contra Dios” (LS 8).

Aquí conviene recordar el sentido del pecado para el cristianismo. Pecado es un modo de relación. Más en concreto, pecado es toda relación injusta. La relación injusta es una relación de inequidad, asimétrica, donde uno se convierte en amo y señor del otro, sea este un ser humano, cualquier ser vivo o la tierra misma. Por consiguiente, la causa de la crisis ambiental es un pecado, porque es el resultado de relaciones injustas, impuestas como fundamento de una cultura que mata. Dicho de otra manera, la cultura cuyo sistema económico y político se basa en relaciones de producción desiguales y dominantes, es una cultura fundamentada en el pecado. Por eso, “son inseparables la preocupación por la naturaleza, la justicia con los pobres, el compromiso con la sociedad y la paz interior” (LS 10).

Ante el inminente final del antagonismo social entre los trabajadores y el capital, debido a que el sistema ha llegado a un límite tal que, si no se cambia de paradigma, no habrá más explotación, ni resistencia, porque no habrá más vida, *Laudato si'* es un gesto estético, cuyo lenguaje simbólico de alabanza señala quién es el verdadero Señor, capaz de dar y de mantener la vida, así como de desenmascarar simultáneamente al fetiche, la mercancía, el falso dios, que ni da ni mantiene en la vida, sino que, además, mata.

La democracia ya no es suficiente, tal como parecía serlo desde Pío XII en adelante. Francisco va más allá y señala el desarrollo sustentable, esto es, un desarrollo capaz de sostener la vida. El objetivo no es solo frenar la acumulación de capital, ya sea dinero o tierras, en manos de unos pocos, que amenaza la dignidad de los trabajadores, sino de superar la crisis ecológica, las relaciones injustas, que amenaza la vida misma en el planeta.

2.2. El paradigma

La encíclica sostiene que la superación de la crisis ecológica requiere de otro lenguaje. Es decir, abandonar las categorías propias del lenguaje de las ciencias y adoptar aquellas otras que conectan con lo humano: “si no hablamos el lenguaje del amor y la belleza [...] nuestra relación con el mundo será de dominador, de consumidor o de mero explotador de recursos...” (LS 11).

La naturaleza, como texto con otro lenguaje, es manifestación de la divinidad, reflejada en lo bello, lo bueno y lo verdadero (Sb 13,5). “El mundo es algo más

que un problema a resolver, es un misterio gozoso que contemplamos con jubilosa alabanza” (LS 12). Frente al paradigma tecnocrático, con su ciencia, sus certezas mensurables y su lenguaje de palabras, *Laudato si'* propone otro paradigma, el de la conversión ecológica integral, es decir, la conversión de las relaciones, con su sapiencia, sus misterios y su lenguaje simbólico. Se trata de contemplar antes que de usar.

2.3. La economía

Desde la perspectiva económica, *Laudato si'* habla del

desafío [porque es un objetivo dado y no puesto] urgente de proteger nuestra casa común [...] unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sustentable [que permita la renovación de los recursos] e integral [no solo de la economía, sino de toda la vida humana y de toda la vida de todos los seres vivos], pues sabemos que las cosas pueden cambiar (LS 13).

El que “las cosas pueden cambiar” es, a mi modo de ver, una afirmación clave para leer a Francisco, porque con ella está diciendo que solo un dios verdadero no cambia, aquel que da vida y la sostiene. Por eso, se dice que ese dios es necesario. Todo lo demás cambia, porque no es necesario, sino contingente, es decir, no es dios, sino fetiche.

Laudato si' al Dios Uno y Trino, trascendente y necesario, es simultáneamente un acto de alabanza, de glorificación, de sacralización y de entronización, y también de desacralización de los falsos dioses, es decir, de las cosas contingentes, puestas como necesarias, justamente para que no cambien. Así, el dios dinero, mercado o consumo, que usurpa el lugar del dios verdadero, aparece como necesario. Todo indica, repite el papa a lo largo de la encíclica, que este modelo económico, que tiene dos siglos de existencia, no es absoluto, porque no es dios (LS 46, 51, 53, 102). Por tanto, puede cambiar y debe cambiar, porque este falso dios mata. El dios verdadero crea, da la vida, pero también la sostiene, porque es providente. Sustentabilidad es otra manera de decir providente.

El dios mercado no es providente. “El Creador no nos abandona” (LS 13). Los pobres son los primeros y los más perjudicados, porque sufren las consecuencias dramáticas de la degradación ambiental (LS 13). Por eso, la urgencia marca al pobre que, como ser humano, es el rey del medio ambiente. El desafío del cambio requiere de una conversión, puesto que sus causas son humanas, el pecado manifestado como relaciones injustas. Por eso, “la confianza ciega en soluciones técnicas no basta, hace falta restablecer relaciones justas, es decir, solidaridad universal” (LS 14).

Sin desarrollo sustentable, declara el papa, los pobres son los primeros en desaparecer, porque viven en condiciones precarias, en los peores lugares del planeta (LS 149). Pero detrás de ellos, el agotamiento de los recursos no

renovables, la contaminación y la violencia aniquilan a la especie humana misma. La profecía de la teología de la liberación latinoamericana del siglo XX se hace patente en el siglo XXI: la necesidad particular y concreta del pobre es ahora necesidad universal, porque es la supervivencia de la especie humana misma la que está en juego, ya que la última necesidad es la vida misma.

3. Continuidad con el magisterio de la doctrina social

Sustentabilidad es el nuevo nombre de la paz. Hace 74 años, Pío XII, en su famoso radiomensaje de la Navidad de 1944, *Benignitas et humanitas*, un documento considerado parte del *corpus* de la doctrina social de la Iglesia, vio que, ante la denominada solución final del nazismo, la democracia era el nombre de la paz. Pablo VI, en su encíclica *Populorum progressio*, de 1967, vio que “el desarrollo de los pueblos era el nuevo nombre de la paz” (PP 76). Sin embargo, en *Octogesima adveniens*, de 1971, habla ya de la crisis ecológica como “efecto de la explotación de la civilización industrial”, consecuencia dramática de “la actividad descontrolada del hombre” (OA 10).

En la misma dirección, Juan Pablo II, según menciona Francisco, llamó a una conversión ecológica global, que requería de cambios en los estilos de vida, en los modos de producción y de consumo, y en las estructuras consolidadas de poder (CA 36.b). Benedicto XVI pidió “eliminar las causas estructurales de las disfunciones de la economía” y explicitó que “la degradación de la naturaleza está estrechamente unida a la cultura que modela la convivencia humana” (CV 27). Una cultura para la cual no existen verdades indiscutibles lleva, según Francisco, a que la libertad humana no tenga límites (LS 8). Un poco más de medio siglo después de *Populorum progressio*, Francisco declara que sin desarrollo sustentable, no puede haber democracia, ni paz. Por tanto, la sustentabilidad es el nuevo nombre de la paz.

En la actualidad, independientemente de las denuncias proféticas de un papa latinoamericano, es evidente que el desarrollo económico sustentable es condición de posibilidad de cualquier modalidad democrática, y ella, en tanto diálogo multisectorial, es la única garantía de la paz verdadera. A estas alturas de la historia, resulta evidente, para cristianos y no cristianos, que sin desarrollo económico sustentable, es decir, que sostenga en la vida buena, no hay trabajo decente para todos; sin trabajo decente, no hay garantías para la dignidad humana; y sin reconocimiento de la dignidad de cada ser humano como sujeto de derechos, no hay democracia posible.

Sin desarrollo económico sustentable, la igualdad de condiciones laborales, como realidad efectiva de unidad en la diferencia, no es factible. Prueba de ello son América Latina, África y parte de Asia, continentes que la división mundial del trabajo ha reducido a meros exportadores de recursos naturales. Sin unidad en la diferencia, el principio teológico-político de una cultura de la vida, según

los obispos latinoamericanos, en el *Documento de Aparecida* (DA 9.7), o de una cultura del encuentro, como la llama el papa Francisco en *Evangelii gaudium* (EG 220), la libertad deviene en liberalismo, es decir, en libertad negativa.

Dicho de otra manera, el magisterio de Francisco se encuentra en continuidad con la doctrina social de los pontífices anteriores. La doctrina social de la Iglesia siempre ha sido crítica de las relaciones sociales generadas por el modo de producción mercantilista. En la actualidad, ese modo de producción se caracteriza, al igual que en sus inicios, por la acumulación de capital a costa del salario del trabajador; pero también por el extractivismo, por la concentración de la propiedad privada de la tierra, por la explotación de los recursos no renovables, por la contaminación y por la hegemonía cultural.

La novedad estriba en que el papa Francisco cuestiona el paradigma tecnológico sobre el cual descansa el sistema, el cual se refleja en una economía que mata. En contrapartida, propone un nuevo paradigma, orientado hacia una cultura de la sustentabilidad. El paradigma de la unidad en la diferencia es el nuevo principio teológico-político, el cual responde al dogma cristiano del Dios Uno y Trino. Ese principio es el fundamento del ser relacional.

La doctrina social de la Iglesia nace a finales del siglo XIX como respuesta a la amenaza que representaba, y todavía representa, el sistema económico industrial para los más pobres. En concreto, amenaza de muerte a los sectores trabajadores. A finales del siglo XIX, el problema social que interpelaba evangélicamente al catolicismo fueron los trabajadores, devenidos en obreros, que no eran tratados dignamente como seres humanos. En el siglo XX, el problema social deviene, a causa de la división internacional del trabajo, en una amenaza de muerte para los pueblos, no solo para algunos individuos de esos pueblos.

De esa manera, en el siglo XX, la división social del trabajo es entre los pueblos. El mundo se divide en países con un desarrollo industrial avanzado, es decir, con una alta productividad, y países subdesarrollados, esto es, exportadores de recursos naturales. Los primeros compran a los segundos las materias primas con las cuales producen la mercancía que luego les venden, si previamente se endeudan a tasas usurarias, dado que no hay otra forma de cubrir la diferencia entre una materia prima vendida a diez dólares y un producto terminado adquirido a veinte dólares. Desde entonces, el problema social del siglo XX no es “la cuestión obrera”, como en la encíclica *Rerum novarum*, sino el desarrollo de los pueblos, tal como aparece en la *Populorum progressio*.

La doctrina social de la Iglesia, a través del magisterio del papa Francisco, denuncia que el problema social que afectaba a las mayorías pobres del siglo XIX y a los pueblos del tercer mundo del siglo XX, ahora afecta a toda la humanidad y a todos los pueblos, sean ricos o pobres. El desafío de la sustentabilidad es universal, porque el sistema industrial, en su fase de capitalismo financiero,

se ha vuelto una amenaza de muerte, no solo para los trabajadores explotados, ni solo para los pueblos del tercer mundo, sino para el planeta. Ya no se trata de la vida de los pobres, ni de los pueblos pobres, sino de la vida de todos. El planeta, “la casa común” (*LS*), está en peligro, amenazada de muerte por un sistema económico que, sin límites morales ni estéticos, mata.

El problema social, originado en un sistema económico cuyo mecanismo de acumulación es la explotación de los trabajadores, a quienes la relación social convierte en mercancía y no en personas dignas de una vida en abundancia (*AP*, Introducción), obviamente, impide la paz entre los seres humanos, al negarles una vida acorde con la condiciones de creatura de Dios. Ese sistema egoísta da origen y legitima, moral y evangélicamente, la postura crítica de *Laudato si'*.

Denunciar que sin trabajo no hay democracia ni paz social, que sin libertad de expresión no hay política participativa, que sin educación no hay democracia, que sin salud no hay educación verdadera y que sin derechos no hay garantías constitucionales, no es nuevo, ni desde la izquierda, ni desde la derecha; ni desde el catolicismo, ni desde el agnosticismo. Es un lugar común, simple retórica si no se toma en serio.

Sin embargo, el nuevo papa, proveniente del fin del mundo, donde los pobres son los trabajadores, y no cualquier otra metáfora espiritualista, suspende la ética políticamente disciplinada por el discernimiento situado. Esto hace que *Laudato si'* sea la primera encíclica estética, teológica y política. Al utilizar otro modo de conocimiento y al expresarlo con otro lenguaje, la encíclica introduce un nuevo paradigma. En la actualidad, el antagonismo es más que división entre los de arriba y los de abajo, porque es el antagonismo entre el mercado y la especie. La tesis de los teólogos del pueblo, que afirma que la necesidad del pobre es la necesidad universal, porque es la necesidad de la vida misma y no puede haber interés más universal que la vida, ahora se hace evidente.

4. Conclusión

En la parte está y no está el todo. Los pobres, los de abajo, los del sur, sienten primero la amenaza de la muerte violenta, porque están sin tierra, sin techo y sin trabajo, porque residen en los terrenos inundables, en los barrios contaminados, en las viviendas precarias, donde termina el cemento. Los pobres no son nada en este sistema, pero están, tal como lo explica bien la lógica *analéctica* de Juan Carlos Scannone.

La encíclica pone de manifiesto que algunos siguen viendo la realidad como problema económico, mientras que otros la consideran un problema moral, pero no como problema teológico y político de una cultura, cuyo fundamento contingente ha sido divinizado. La ciencia y la técnica, según *Laudato si'*, no son dioses. Dios es quien da la vida y la mantiene. Esta es la lectura que, a mi modo

de ver, puede hacerse de una encíclica como la de Francisco. *Laudato si'* es un canto desesperado a la vida, en contraposición al canto a la muerte de un sistema que ya no puede mantener la vida.

En el siglo XXI, la justicia social se dice de otra forma: sustentabilidad. Es un juicio estético, que muestra el todo en la parte. Aparentemente, *Laudato si'* era un documento verde, más preocupado por la vida del planeta que por el ser humano concreto. Sin embargo, la prioridad es la persona que sufre. Los trabajadores que, desde el siglo XIX, son los más pobres. La revolución industrial cambió el eje de la lucha. Hasta entonces, la guerra fue horizontal y librada por burguesías, movidas por verdades religiosas que, en realidad, enmascaraban su deseo de conquista. Este es el origen de los estados nacionales y de los derechos civiles, que protegen la propiedad privada conquistada y la libertad de expresión de los propietarios. A partir de la revolución industrial, la lucha es por los derechos. Los patrones dueños de los medios de producción, máquinas en el norte, tierras en el sur, se enfrentan con los trabajadores, devenidos en obreros explotados. La primera lucha fue teológica; la segunda, política. Técnicamente, la primera es conocida como oposición física, mientras que la segunda es antagonismo discursivo. En la primera, la prédica social católica versaba sobre el destino universal de los bienes; en la segunda, sobre los derechos de los trabajadores.

El siglo XXI asiste al funeral de los derechos sociales de los trabajadores, al fin de las burguesías nacionales y al triunfo del capital financiero global, que totaliza la amenaza de muerte violenta. En consecuencia, las categorías políticas y económicas de los siglos XIX y XX resultan inútiles. Pese a ello, el antiguo debate sobre la supremacía de la economía o de la política está hoy más vivo que nunca. Dicho de otro modo, la solución ¿es económica o es política?

Una voz se levanta en el desierto y clama: *Laudato si'*. La solución es teológica y política. Por tanto, desplaza el antiguo paradigma por otro, pero siempre desde la escucha de la demanda de los trabajadores desempleados: ¿por qué el obrero ha sido suprimido en la dialéctica del capitalismo financiero? En esta guerra final, su precariedad lo coloca en primera fila, llevando la voz cantante de los justos como alabanza. Francisco, sin tomar parte, traslada la lucha, como todo príncipe, a otro terreno, el de la cultura. De esa manera, inaugura los tiempos del derecho a la vida, al mismo tiempo que destruye el fetiche.

El nuevo enemigo no es externo, como en la guerra de conquista, ni interno, como en la guerra de liberación. *Laudato si'* se coloca a la mitad del camino entre la teología y la política. No es una encíclica dogmática, que define una verdad, pero tampoco es una encíclica social, que denuncia la injusticia estructural. La encíclica es estético-política. No parte *a priori* de un conjunto de valores, al modo de la ideología, sino de objetivos determinados por la realidad: la economía vigente mata y el planeta va hacia la muerte. No hay tiempo para pensar en los ideales. La realidad está amenazando de muerte.

Ante esta realidad, Francisco propone *el símbolo*: la unidad en la diferencia, el conocimiento simbólico y no científico. No hay paradigma ético preexistente, ni este puede ser construido desde la razón comunicativa de la comunidad de los buenos. Hay realidad. No se discute sobre los fines, porque el fin ya está dado: el planeta se agota, y con él, la vida de la especie. La política no es una discusión entre los doctos y los poderosos sobre qué es, sino un discernimiento situado sobre qué hacer, a partir de lo que hay.

